

La paz

La necesidad imperiosa de detener a la hermana terrible de la civilización: La guerra



Jimmy Carter

Vladimir Aguilar*

«Hasta aquí nos han dicho que era la buena causa la que santificaría toda guerra; yo les digo que es la buena guerra la que santifica toda causa»

Nietzsche (1883-1885. Así hablaba Zarathoustra)

Hablar del Premio Nobel de la Paz en un mundo que vive bajo el acecho de una próxima conflagración a gran escala, refleja la resistencia de la humanidad a tener que condenarse a la barbarie de otrora y de los tiempos modernos. Pero la duda persiste cuando se observa el vuelco de unas relaciones internacionales en la cual, de nuevo, la tendencia a la supremacía de una sola potencia deja sin escenarios posibles el diálogo y la concertación como contenido del derecho a la paz. Este último, que más que un mero deseo es una exigencia de cualquier ser humano que habite en el planeta Tierra, se ha visto vulnerado desde el momento en que las condiciones que crean la guerra se implantaron como necesarias para las conquistas territoriales; para la expoliación de los recursos naturales; para la explotación de la mano de obra barata; del esclavismo; del racismo; del genocidio; del

fascismo, y de tantos otros dramas a los que se han visto confrontadas las sociedades a lo largo de su historia.

Por otra parte, hablar del premio Nobel de la Paz obliga a cierta referencia al partero de la idea, Alfred Nobel (1883-1896), quien antes de su fallecimiento pondría que parte de la fortuna amasada por el negocio de armas de su padre a principios del siglo XX en Rusia, fuera destinada a una noble causa. Esto último es quizás el contexto dentro del cual se ubica la actual paradoja mundial: a la muerte de su padre, Alfred Nobel junto al resto de sus hermanos, irían a administrar uno de los campos petroleros de su propiedad en Bakú (República de Azerbaiyán), punto importante de la estrategia geopolítica americana en su guerra contra Afganistán.

Es así como el premio Nobel de la Paz recaería este año en Jimmy Carter, ex-Presidente de los Estados Unidos (1977-1981), a quien su acción en favor de la paz tendría que recordarse más por que durante su mandato fuera uno de los artífices de los acuerdos que acercarían a egipcios e israelíes en Camp David (1978), que por las acciones intentadas y fracasadas en los Balcanes (guerra de Kosovo) o en el Asia Central. Claro que sí, el premio Nobel de la Paz siempre debe tener un destinatario. En los últimos días de la administración del hoy laureado y ante la inminencia de la culminación de la guerra fría, en las primeras manifestaciones de des-



composición del régimen soviético, había que echar mano a la vieja propuesta del propio Alfred Nobel, de sustituir la teoría del «*balance of power*» por la del «*balance of terror*». Esta última se ha constituido en el hilo conductor de la política exterior de la actual administración americana imponiéndose como un mecanismo de retorsión, no sólo contra los países declarados desde Washington como Estados irresponsables («*rogue states*») o eje del mal, entre los que se encuentran principalmente Irak, Corea del Norte e Irán, sino contra aquellos que - según los Estados Unidos - intenten alguna deriva en esa dirección. De esta tipología podrían pronto formar parte Venezuela, Brasil y quizás hasta Ecuador.

Finalmente, hay algo más que se le puede reconocer al hoy premio Nobel de la Paz (¿ante la ausencia de otros candidatos?), y es justamente el intento de desafiar la reduccionista percepción de la Casa blanca: sus encuentros con Slobodan Milosevic, Kim Il-Sung y Fidel Castro le fueron suficientes para obtener el máximo galardón, algo no fácil en estos tiempos donde soplan cada vez con mayor fuerza vientos de guerra.

*CEPSAL,
FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y POLÍTICAS-ULA
e-mail: aguilar7@bluewin.ch

Imre Kertész:

Un premio Nobel en Budapest



Imre Kertész

Gregory Zambrano*

El nombre de Imre Kertész sonó como un estallido de consonantes y vocales huidizas para muchos lectores del mundo hispánico. Su nombre podría ser una incógnita para quienes, acostumbrados a las resonancias de los perpetuos “nobelables”, habían hecho predicciones, incluso apuestas. La realidad de la noticia y las inferencias se confunden en un mismo espacio de revelación, y comienza la indagatoria sobre este autor que ha transitado con sus letras los terrenos de esa historia patentada en hechos definitorios del siglo XX, entre ellos, la II Guerra Mundial. El horror del Holocausto y la persecución indiscriminada bajo el nazismo han sido las recurrencias de su obra. Los títulos de sus novelas son harto significativos: *Sorstalanság* (*Sin destino*, 1975) alcanzó éxito como una impronta. A este título siguieron otros dos para consumir una trilogía *A Kudarc* (*Fracaso*, 1988) y *Kaddis a meg nim született gyermekért* (*Kaddish por un niño que nunca nació*, 1992). En el entramado de las tres una parece ser la constante: el estupor frente a un mundo

que ya no sería el mismo después de Auschwitz. Recientemente apareció otra obra cuyo tema es recurrente: *Instante de silencio en el paredón: el Holocausto como cultura* (1999).

Imre Kertész, nació el 9 de noviembre de 1929, en Budapest, en el seno de una familia de origen judío, a los quince años fue deportado al campo de exterminio nazi de Auschwitz, Polonia, en 1944, y luego trasladado a Buchenwald, Alemania, hasta la capitulación del Tercer Reich, en 1945. Quizás este premio sea no sólo un llamado de atención sobre los valores de la literatura húngara, sino que, más aún, renueve el interés por el Holocausto, aquel drama colectivo que en palabras del autor galardonado no es un tema sino un estado de ánimo para Europa. Un dato curioso: el ganador del Premio Nobel de Literatura de 2002 es el escritor galardonado número 100.

*FACULTAD DE HUMANIDADES-ULA
e-mail: gzambran@yahoo.com